

RETRATO

En los limpios cristales de tu mente
surgen mil sombras de tu fantasía
y ves negruras a la luz del día
que te acosan con furia sorprendente.

¡Ay, quién pudiera despejar tu frente
con el rayo de luz de mi alegría!
pero finges fantasmas a porfía
y todo mi trabajo es impotente.

Negra nube se cierne ante tus ojos
que tu alma llena de temor y enojos.
Son tragedias las penas más triviales.

¡Antítesis fatal del optimismo,
eres para remate de tus males
torcedor angustioso de ti mismo!

ELADIA MONTESINO

¡NO BASTA!

(CUENTO)

JOSÉ había sido una de esas personas que no tienen derecho a la felicidad. Si se ponía a mirar hacia atrás, hacia el pasado, ningún suceso descubriría en el que detenerse complacido. Ni en la infancia, cuando todo nos atrae y sonríe, ni en la juventud, en que empezamos a tomar posesión de las cosas y a disfrutar de tal dominio; ni en la madurez, cuando la vida debe adquirir un sesgo de melancolía, pero nada más.

Conoció la estrechez, las privaciones, los malos tratos, las enfermedades. Este clima moral en que se había desenvuelto su alma, vino a reflejarse en su figura física, más bien de persona trashijada y enclenque. Sobre todo en el rostro, de cierta expresión taciturna. Los ojos azules, aunque denotaban bondad y nobleza, revelaban también tristeza y temor. Una sombra violácea, como un crespón de luto, se extendía en torno de ellos. La boca aparecía ligeramente contraída en las comisuras, y el tono amarillo, casi cetrino, de las mejillas, de una redondez fofa y enfermiza, contribuía a aquel aspecto melancólico y deprimido. Lo desgarrado del cuerpo, con más huesos que carne, anguloso y quebradizo, y la descuidada vestimenta, en la que no se advertía detalle alguno de vanidad, hacía más triste la figura.

Los padres de José habían tenido primero un revendujo, después una abacería, y por último una tienda de comestibles. Esto quiere decir, que dentro de una posición que no había dejado nunca de ser modesta, la prosperidad sustituyó a la sordidez. ¡Pero aquel hijo, aquel dichoso hijo que no servía para nada! A Juan, el padre, se lo llevaban los demonios cada vez que comprobaba la inutilidad de José. Y como no era hombre en el que el buen humor triunfase respecto de cualesquiera otras singularidades del carácter, el pobre José sabía a ciencia cierta de la dureza de su mano, que es lo que más temía, como es natural, y de la violencia de su lenguaje. — «¡Basta, basta ya padre!», «¡No basta, no, no basta!», respondía éste furioso e implacable. Y ya con la mano, desprovista de todo instrumento contundente, ora con los zorros del polvo, o con la correa con que se ataba los pantalones e incluso con el cogedor de metal, que servía para sacar el arroz o las alubias de los sacos, allá iba un golpe tras otro sobre las endebles costillas de José, seguidos de ajos y barajos.